

ADOLFO MAILLO \*

## SEGUNDA PARTE

**N**O VAMOS a reproducir aquí los argumentos esgrimidos en la polémica que se inició hace cuarenta años en torno a la protección escolar, eufemismo que encubre el designio de fomentar la movilidad social ascendente mediante la educación. Pero creemos útil aducir otros que apenas han sido objeto de mención, no obstante su importancia.

Podemos distinguir dos tipos de movilidad social ascendente: una, que se funda en el postulado de la *selección* de los más aptos; otra, que contempla la *promoción* social de todos. Explicaremos con algún detalle este procedimiento de eliminación progresiva de las barreras interclases.

La capilaridad social por selección desea tamizar cuidadosamente a los individuos que reciban la protección para proseguir sus estudios más allá de la escuela primaria, al objeto de emplear bien los caudales públicos dedicados a esta obra de justicia social, como así para evitar que los niños o jóvenes ineptos vayan a engrosar mañana las huestes lamentables de los inadaptados sociales. Tal enfoque es absolutamente correcto, al menos en el orden de los principios, y no tenemos que hacerle ninguna objeción; antes, por el contrario, merece todos los elogios.

No obstante, conviene tener en cuenta los obstáculos que este postulado selectivo, encuentra, en el plano de los hechos (más duro, más difícil, menos brillante y seductor).

En primer lugar, la selección sólo puede ser aproximativa; en modo alguno perfecta y justa. A los errores procedentes de las impurezas humanas, hijas de la pasión, hay que sumar los debidos a la imperfección de los medios selec-

\* Director del Centro de Documentación y Orientación Didáctica.

tivos. No hay pruebas ni "tests" que puedan darnos, con seguridad, un más o un menos entre muchachos que recibieron de la naturaleza dotes diferentes en cualidad, de imposible reducción a cifras que se ordenen en una escala métrica. Además, el estudio no depende sólo, ni acaso principalmente, de las dotes intelectuales, sino de factores afectivo-volitivos de tesón, voluntad, vocación y amor al estudio que las pruebas psicotécnicas probablemente no medirán jamás.

La selección, pues, es forzosamente artificial, porque, en verdad, sólo selecciona la vida, es decir, la dedicación durante años a tareas cuya realización al par nos modela y da nuestra medida. Claro está que, en el estado actual de nuestros conocimientos no podemos utilizar instrumentos más adecuados que los que pone a nuestra disposición la Psicotecnia, al servicio de la Orientación Escolar y Profesional.

No es éste, sin embargo, el obstáculo mayor de la selección. Montada, como es inevitable, sobre el postulado de la competición y la lucha, la solución invita a la segregación social, al encastillamiento, en posiciones privilegiadas y a la perspectiva lateral o parcial de los problemas culturales y sociales.

No aducimos estos defectos para que se prescinda de la selección sino para que se eviten sus peligros, al menos los más temibles. El mayor, a nuestro entender, consiste en la preferencia que hasta ahora se ha dado a la selección para estudios medios, y especialmente a la que conduce al Bachillerato clásico, a base de latín y griego, venerables asignaturas que continúan polarizando la adoración de las sociedades occidentales, como prueba irrefragable de lo que puede el culto del ayer y de que lo que más cuenta en los afanes de conservación y ascenso social es "la constelación del prestigio", que no está constituida, en su parte esencial, por datos materiales, sino por el conjunto de aspiraciones y expectativas de una sociedad deducido de sus ideales y valoraciones (en gran parte residuales).

Ni la segregación de los internados, ni el artificio insoslayable de los "tests", ni la exasperación del postulado vital y cultural de la competición (que tantas malaventuras explica y contra el cual habría que cerrar como contra el peor enemigo) serían posibles si el principio de la selección fuera sustituido por el postulado de la promoción social. Consiste éste, en los aspectos educativo y cultural, en conseguir una elevación real y global del "status" socioeconómico cultural de las familias modestas, para que en ellas, y como sus elementos integrantes, los niños y adolescentes pudieran recibir una formación familiar básica suficiente evitando las desigualdades de trato y crianza, de nutrición y protección, responsables de la mayor parte de las aparentes desigualdades de "nivel mental".



Es evidente que se trata de una aspiración que tiene carácter asintético, pero cuya tendencia debe inspirar, en la medida de lo posible, la política del futuro. No debemos olvidar que, para ser eficaz, cualquier medida legislativa debe seguir las tendencias espontáneas de la sociedad, único modo de que sus efectos se incorporen orgánicamente a las realidades existentes, producto de una evolución secular.

Ahora bien, las investigaciones de Sylvain de Coster prueban que la evolución ascendente de los individuos se realiza mediante una lenta movilidad social de sus familias, las cuales se constituyen en unidad cerrada, pero sólo a efectos de aumentar su cohesión proponiéndose sacrificios que conducen a la ascensión social de sus miembros. Esta mejora de nivel suele llevarse a cabo en tres generaciones, que señalan a menudo tres etapas en la movilidad ecológica o residencial: a la primera generación de abuelos campesinos, obreros agrícolas, sucede, cuando hay estímulos ascendentes, una segunda de obreros industriales establecidos en los suburbios de alguna gran ciudad, y una tercera de empleados, funcionarios e intelectuales, instalados en los barrios residenciales.

Es sabido que Coster ha estudiado la movilidad social espontánea, diferente de la inducida y fomentada por la legislación social; pero conviene tener en cuenta el lento proceso de "digestión" de condiciones nuevas que necesita la adaptación a un condicionamiento a base de circunstancias ecológicas, ideológicas y psicológicas distintas de las habituales. Reside aquí un aspecto importante de la movilidad social por el estudio y la educación que merece amplias reflexiones, a fin de evitar la serie de inadecuaciones, tanteos y frustraciones de los "parvenus".

Desde otro punto de vista, es conveniente trabajar por la elevación total del "ambiente familiar", célula generatriz de las situaciones, actitudes y perspectivas que influyen decisivamente sobre las maneras de ver, enjuiciar, valorar y reaccionar ante el mundo. Sin olvidar que la segregación de la familia provoca en su seno tensiones —celos, fricciones, luchas— que no pueden dejarnos indiferentes desde el punto de vista de la salud del organismo familiar, en su conjunto y de cada uno de sus miembros.

## EVOLUCION SOCIAL Y REFORMA DE LA ENSEÑANZA

Somos plenamente conscientes de la sorpresa que las anteriores afirmaciones despertarán en no pocos lectores, acostumbrados a adoptar puntos de vista recibidos sin someterlos al agua regia de la reflexión crítica. No será

menor ni distinta la reacción ante los extremos que siguen, cuyo denominador común es la necesidad de proceder a una reorganización profunda de la enseñanza para acomodarla a las exigencias de la sociedad de nuestro tiempo y, dentro de ellas, a la movilidad social ascendente.

En primer lugar, debe reformarse la óptica y el sistema de los tres grados clásicos: enseñanza primaria, media y universitaria. Nacido en la primera mitad del siglo XIX y legalmente cristalizado en España en la Ley de Instrucción Pública de 9 de septiembre de 1857, se trata de una modalidad de organización docente que respondía a las necesidades de una sociedad que no es ya la nuestra y menos aún la que servirá de marco a la vida de nuestros hijos.

Respondía aquella organización a las aspiraciones de una sociedad entre aristocrática y rural, que acababa de estrenar el liberalismo, mucho más teórico que efectivo, y que, en realidad, rendía parias abundantes a las concepciones y perspectivas de la antigua sociedad estamental.

De todos los grados docentes, el que la centuria decimonónica pensó para la clase media —la llamada “segunda enseñanza” es el más necesitado de reforma— no sólo en su estructura interna, sino sobre todo, en sus propósitos, en sus fines y en sus objetivos legales y sociales. Hacer de la enseñanza post-primaria sólo un medio institucional y cultural de acceso a la enseñanza superior es una monstruosidad sólo justificable cuando las “élites” sociales eran sumamente restringidas y accedían a ellas contados candidatos, que defendían, por otra parte, sus derechos al monopolio cultural mediante un arduo sistema de barreras, exámenes, oposiciones y competiciones.

Vivimos en una sociedad que no puede limitar la preparación cultural de la mayoría a la escuela primaria. Por eso se habla hoy de “educación permanente”, a la vez que se hacen gratuitos grados docentes superiores al primario, y se encuentra en trance de generalización lo que hace veinticinco años parecía un sueño de lunáticos: la segunda enseñanza para todos.

Ahora bien; esa segunda enseñanza no puede ser el bachillerato clásico, pues ello equivaldría a “bachillerizar” el país, es decir, a apartar de las tareas productivas a una hueste innumerable de jóvenes que, dadas las direcciones predominantes del prestigio social, se convertirían en “señoritos” alejados del trabajo manual, lo mismo que de las ocupaciones industriales y mercantiles.

Suelen decir los defensores de una concepción anticuada de la vida social que el bachillerato humanista, a base de latín y griego, es intocable, en razón de nuestra ascendencia grecolatina, por un lado, en atención al valor formativo de esas disciplinas, por otro. Bien está que los jóvenes que van a

dedicarse a carreras superiores, en las que es necesario el comercio con la antigüedad, estudien latín y griego, hebreo y aun sánscrito; pero sostener que tal formación conviene a todas las profesiones, incluso a las que tienen por objeto la producción material de bienes y su distribución, es un disparate que sólo puede albergarse en mentes refractarias a todo enfoque sociológico y actual de los problemas culturales.

De la misma manera que no hay ni puede haber, como antes decíamos, una estructura social dada, que sea el paradigma intangible de la organización social, de análogo modo no existe ni existirá jamás un tipo de organización docente —grados de enseñanza, libros, programas, disciplinas, profesorado, objetivos, métodos— que deba proclamarse universal sin retoque, aditamento ni modificación. El bachillerato, humanista o no, es un instrumento de formación de los adolescentes que tuvo su razón de ser y su vigencia histórica y que cumplido el ciclo fatal que tienen todas las criaturas históricas, quedará arrumbado para ser sustituido por otro que responda mejor a las exigencias formativas de los nuevos tiempos. Sólo en países de mentalidad inerte y ahistórica se perpetúan modos educativos actuales en otro tiempo, pero que son ya meras criaturas de museo, adecuadas a la formación de las mentes de los jóvenes para tareas y objetivos de un ayer irremisiblemente fenecido.

Después de una Escuela Media común, habrá varios tipos de bachillerato, todos con las mismas prerrogativas legales y la misma valoración social (científico, técnico, moderno, clásico), pues urge derivar hacia los oficios y las profesiones no “liberales” (denominación que carece ya de todo fundamento) una gran cantidad de muchachos que ahora oscilan entre el Bachillerato y un aprendizaje profesional directo, de tipo artesanal, desfasado por completo de las exigencias actuales.

### UNA MENTALIDAD NUEVA

La reforma de la enseñanza que postula la sociedad tecnológica y urbana, reclama una gigantesca reorientación de los anhelos de las gentes para impulsar las enseñanzas medias, es decir, posprimarias, de tipo técnico, en la medida que aconseja la evolución de nuestra economía y de nuestra cultura. Tarea complicadísima, ciertamente, pues se trata de una gigantesca versión de los ideales, que tiene por supuesto imprescindible una modificación profunda de los valores señeros en la constelación del prestigio social. Tarea ingente, es cierto, que reclama tanto conocimiento de la realidad como destreza en el manejo de toda clase de resortes e incentivos, pero sin la cual la cultura de ca-

riz "literario y jurídico", que responde a una estructura social y a un cosmos ideológico superado hace cien años, no será reemplazada por otra donde los valores de la economía, el trabajo, la ciencia y la técnica ocupen el puesto que para ellos piden urgencias sin posible aplazamiento.

Todos los esfuerzos selectivos, por rigurosos que sean; todas las tentativas de "igualdad de oportunidades", aunque estén animadas por el mejor de los deseos; todas las pequeñas modificaciones que se dispongan en los planes de estudio, por minuciosas y acertadas que parezcan, no tocarán el problema principal, que no es otro sino el de orientar hacia estudios técnicos, donde el trabajo manual y el intelectual se fecunden mutuamente, a toda una copiosa multitud de jóvenes que cursan ahora el bachillerato clásico para ir quedando luego, de oposición en oposición, rezagados en la base de la cucaña competitiva, con el rictus amargo de no haber podido escalar las cimas de una posición social que se considera compensadora solamente si lleva a colocaciones cuya actualidad es muy discutible aunque estén adornadas con todos los atractivos del prestigio (palabra que tiene en su raíz una componente de "fascinación").

La muchedumbre de los que al término de la escolaridad primaria no vuelven a ocuparse en tareas de formación y cultura es aterradora; pero mueve a tristes reflexiones el número ingente de los que cursan el bachillerato sin que puedan acceder a estudios superiores; ejército de resentidos, en su mayor parte, como no puede menos de ocurrir, puesto que si, por un lado, han visto frustrados sus deseos de llegar a los puestos superiores de la escala social, por otro han de sentirse fracasados por haber consumido en estudiar disciplinas sin ninguna o con escasa aplicación práctica una juventud que requería mejor empleo, en beneficio individual y social.

La reconducción de las energías nacionales en orden a la formación y la cultura, para hacerlas derivar del campo de las *carreras literarias*, al campo de las *técnicas productivas* es la gran reforma que se impone para hacer frente a las necesidades de una industrialización y una urbanización crecientes.

## PLANES NACIONALES DE EDUCACION

Pero es evidente que una reforma semejante no puede hacerse siguiendo métodos apriorísticos, tomando, como hasta ahora, la enseñanza como un "reino en sí mismo", como una problemática puramente metodológica, desvinculada de la realidad nacional de la que forma parte y a la que debe servir. El número y la índole de los Centros docentes, su localización y características funcionales, los estudios que en ellos se cursen y el alumnado que los haya de frecuentar son



variables que dependen de las necesidades totales de la nación en cerebros dirigentes, en puestos de segunda fila, en capataces, contra maestros y obreros.

Ello significa que se hace necesario elaborar un Plan Nacional de Educación, que a su vez será parte viva e importante de un Plan Total, donde entren desde las previsiones económicas y políticas hasta los proyectos de obras públicas y las medidas encaminadas a aumentar la productividad, a incrementar la renta nacional y a realizar una distribución del producto que permita elevar por habitante tanto la *renta económica* como la *renta cultural*, pues vivimos en una época que reclama la circulación y distribución de bienes de todas clases, lo mismo de los necesarios para el sostenimiento de la vida corporal que de los indispensables para que la existencia sea verdaderamente humana.

A esta luz, la movilidad social ascendente, propulsada mediante la selección, cede el paso a una promoción elevadora que, conjugándose con la capilaridad de los mejores, fomentada al máximo, conduciría, de una sociedad rígidamente estratificada, a una comunidad flexible, donde los diversos microgrupos se enlazan e implican armónicamente y en lo que los individuos intercomunican percepciones, disposiciones y reacciones en una solidaridad orgánica, presidida por la fruición equitativa de los bienes y valores que hacen humana y digna la vida.